

# El Ángel

Rubén Fernández Páez



El Ángel

Rubén Fernández

# Capítulo 1

Autor: Rubén Fernández

Fecha de Publicación: 5 de mayo de 2020

---

No sé si escribir esto me ayudara en algo, no sé si al hacerlo me quitare esta carga, espero que si la verdad, si no, me sentiría como un completo imbécil. La razón por la que estoy escribiendo esto, es porque no tengo a nadie a quien contárselo. A ver, tengo familia, y amigos, pero esto es algo que prefiero no contarles, no solo porque no les incumbe, sino porque si lo hago, sé que se reirían de mí, e incluso podrían tomarme por un loco, por un lunático. Antes de hacerlo, me gustaría añadir que yo nunca he sido una persona muy creyente. Creía en Dios, pero no estaba a favor de la iglesia, ni de otras muchas cosas. Estoy bautizado, me bautizaron en contra de mi voluntad cuando yo era un bebe, pero no he hecho la comunión, al igual que tampoco voy a misa los domingos. Fui una vez, y fue un verdadero tostón. De hecho, llegue a quedarme incluso dormido, pero eso fue ya hace muchos años. Si existe Dios, seguro que ya me ha perdonado. Lo que quiero decir es que, a pesar de todo, siempre he creído que allí arriba había alguien, al igual que creía que cuando muriéramos, estaríamos en el cielo, en un paraíso, yo no creía que el cielo fueran exactamente un mundo rodeado de nubes, yo siempre he preferido creer que el cielo es un jardín, similar al de *Adán y Eva*. Un jardín inmenso en el que nunca hace calor, no al menos el calor que hace aquí en verano, en mi ciudad. Un jardín inmenso que nunca acaba, un jardín en el que hay árboles, muchos árboles, ríos, cascadas, y animales. Un jardín indestructible en el que nunca falta la comida, en el que no hay maldad, y en el que tanto los seres humanos y los animales pueden vivir en armonía y en paz. Ellos no nos tendrían miedo porque ya no los cazaríamos, al igual que nosotros ya no nos preocuparíamos por cazarlos. *¿Para qué cazarlos?, ¿Para qué matarlos?* - Nos preguntaríamos. - *Aquí, en este jardín, tenemos todo lo que podemos soñar sin tener que hacer ningún mal.* Pero todo eso fue hace mucho, mucho tiempo. Un día, la poca fe que tenía en Dios, la perdí, no solo porque deje de verle el más mínimo sentido, sino porque también me arrebató a dos personas a las que quería muchísimo. Se que morir es parte de la naturaleza humana, pero veo injusto que Dios les arrebató la vida a dos personas de buen corazón, y que deje a otras vivas, como por ejemplo ese vecino que no para de maltratar a aquella pobre mujer. *¿Por qué razón no le quita la vida a él?, ¿Acaso él no se lo merece?* Si yo fuera Dios castigaría a ese tipo de personas, como en aquella serie.

Bueno, no me enrollare más. La cuestión es que, perdí la fe en Dios, dejé

de creer en él, en los ángeles, en el jardín, perdí la fe en todo.

Hasta hoy.

O más bien, desde que la conocí.

Siempre me ha apasionado el teatro, siempre. De hecho, cuando era pequeño, siempre que ponía alguna película en mi cuarto, fingía ser el protagonista, y mientras la película avanzaba, decía e imitaba todo lo que hacía el protagonista, o el villano, a veces me gustaba hacer de villano. Desde pequeño, mis padres siempre me habían insistido para que me apuntara a una escuela de teatro, pero yo siempre he sido un niño muy vergonzoso, razón por la cual siempre me negaba, hasta que al final, decidí hacerlo, no solo porque ahora tenía menos vergüenza que cuando tenía seis años, sino porque además pensé que me vendría bien conocer a gente y tener un nuevo hobby. Bueno, "Nuevo"

El caso es que, me apunté, y conocí a mis compañeros. Muy buenas personas, y muy buenos compañeros de teatro, por cierto, pero no estoy aquí para hablar de ellos, sino de... Ella, de María.

Es la chica más guapa que he visto en toda mi vida, su pelo es negro, tan negro que se podría confundir incluso con la túnica de la mismísima muerte. Le llegaba hasta los hombros, pero a veces lo tenía recogido con una gomilla, aunque hubo una vez que no trajo una gomilla, sino un capuchón de un bolígrafo azul. Sus ojos son castaños, y siempre que se los veía a través de sus gafas...Hacia que pudiera ver caer las hojas del otoño. Su piel es pálida como la nieve, me gustaría escribir que su piel me recordaba a *Blancanieves*, pero mentiría si lo hiciera, su piel me recordaba más a la de un fantasma, y si no hubiera sido porque una vez sentí el calor que transmitía su piel al tocarla, seguiría pensando que estaba muerta.

Es tan guapa, tan bella, y... Tan rara.

Apenas se relacionaba con el resto de los compañeros. De hecho, apenas hablaba en la clase. Hacían todo lo que decía y pedía la profesora, pero nada más.

Aunque, conmigo hizo una excepción, al menos, en una parte.

Siempre que acabábamos la clase, ella se venía conmigo para coger el metro. No solíamos hablar mucho, el camino era corto, y, además, el hecho de que ella hablara poco tampoco es que ayudara, pero aun así solíamos hablar un poco. A veces solíamos hablar de las clases, y otras veces, solíamos hablar de la vida de cada uno. Aunque, respecto a eso, la mayoría de las veces, ella siempre se mostraba un poco reacia, un poco esquiva, como si no quisiera hablar de ello. De hecho, a veces juraría que

me contestaba con evasivas. El caso es que, a pesar de eso, llegamos a tener confianza el uno con el otro, o al menos eso creo.

Y con el tiempo, me llego a gustar. ¡Qué coño gustar, estoy loco por ella!

Y fue entonces, cuando lo descubrí, descubrí que ella no era un ser humano, sino un ángel, un ángel caído del cielo.

No fue algo que descubriera de golpe, fue algo que fui descubriendo poco a poco, debido a varios sucesos extraños que captaron mi atención.

El primero de ellos, fue en el metro. Como ya he escrito antes, María y yo, siempre íbamos juntos hacia el metro, hablando de nuestras cosas, hasta que llegábamos. Cuando llegábamos al metro, nos despedíamos, y yo me iba hacia el lado izquierdo de la línea, mientras ella, permanecía en el derecho. Tal y como ella me dijo una vez, "*Vivimos en mundos opuestos*" Cuando me lo dijo, pensé que se trataba de una broma, pero ahora, no estoy tan seguro. La cuestión es que, siempre la veía allí, en el otro lado de la línea, sentada, y había días incluso que me saludaba con la mano, aunque era rara la vez que lo hacía. El caso es que, siempre que llegaba mi metro, y me subía en él, me asomaba por las ventanas para poder verla una última vez, y cuando me asomaba, ella ya no estaba allí, ni en ningún otro sitio. Desaparecía sin dejar rastro. ¿Cabía la posibilidad de que hubiera venido su metro antes que el mío? Claro que existía. De hecho, cabía incluso la posibilidad de que hubiera venido a la par, pero eso nunca ocurrió. Su metro nunca venía, no al menos antes que el mío.

El segundo suceso que descubrí estuvo relacionado con su número de teléfono, y con alguno de mis compañeros. Como es evidente, en la escuela tuvimos que dar alguno de nuestros datos, entre los cuales, se encontraba el correo electrónico, y el número de teléfono. Todos dimos nuestros datos sin problemas, de hecho, incluso creamos un grupo de *WhatsApp* para mantenernos en contacto, pero hubo una que no. María dio su número de teléfono y su correo electrónico, pero si por ejemplo le enviabas un correo, ese correo nunca llegaba, de hecho, al enviarlo, saltaba un mensaje diciendo que el correo no había encontrado a su destinatario, lo que quería decir que aquel correo, no existía. Y respecto a su número, se podría decir lo mismo. Estaba metida en el grupo, pero de todos los mensajes que se mandaban, no le llegaba ninguno. Al principio pensé que podría tratarse de un error, o incluso de alguna tontería. Puede que la chiquilla simplemente no tuviera datos en su móvil, o incluso que no tuviera Internet en su casa. El caso es que, aun sabiendo que no le llegarían los mensajes, decidí hablarle por privado. De foto de perfil tenía una foto muy bonita. En ella, se podía apreciar su magnífico y bonito rostro, tenía la cabeza ladeada, y estaba sonriendo ante la cámara. No se le veía el resto de su cuerpo, pero llevaba puesta una camiseta de rayas que seguramente utilizaría como pijama. El caso es que, le hable, y

ninguno de los mensajes que le envíe le llegaron, algo que me imagine.

Pero aquí no acaba la historia.

Tiempo después, nuestra profesora nos puso por parejas para interpretar varias escenas de una obra de teatro. A mí me puso con Alejandro, un hombre mayor con mucha experiencia en el teatro. Al principio pensé que no me gustaría trabajar con él, durante el curso había visto cosas de su personalidad que no me gustaban, pero me equivoque. Trabajar con él está siendo una experiencia maravillosa, de hecho, he de añadir que me está ayudando mucho a la hora de interpretar y entender a mi personaje. Y a María, la pusieron con otro chico llamado Fran. Al principio no había ningún problema, cada uno con su respectiva pareja, el problema vino cuando un día, vi a Fran hablando con la profesora, estaba cabreado.

- ¿Qué ocurre? Le pregunte

- ¡Es María! – Exclamo. - ¡He intentado llamarla por teléfono para quedar con ella a través de una videoconferencia para poder ensayar el texto, ya sabes que solo tenemos clases un día a la semana, y no es suficiente, debemos ensayar no solo en las clases, sino también en casa, pero nunca coge el dichoso teléfono!

- ¿Y porque no lo hablas con ella? Le pregunte, mientras dirigía la mirada hacia María, estaba mirándome, y juraría que ese momento me había lanzado una sonrisa.

- ¡Crees que no lo he hecho! – Me dijo. - ¡Pero no me dice nada al respecto, y si lo hace me contesta con evasivas, y si te soy sincero estoy ya hasta la polla!, Así que solo me preocupare de mi parte, que ella haga lo que le dé la gana.

- Pero Alejandro, no te pongas así. A lo mejor no te coge el teléfono porque estaría ocupada. Háblalo con ella y veras como le poneis una...

- ¡Creo que no me he explicado! - Me dijo. - ¡No se trata de que no me coja el teléfono, sino de que no existe!, ¡Cuando la llamo a través de ese número, me salta un mensaje de voz que dice que ese número no existe!

Cuando acabamos las clases, aquel día intenté hablar con ella del tema mientras caminábamos hacia el metro, pero no conseguí nada. Tal y como había dicho Fran, contestaba con evasivas. Pero, aun así, decidí comprobar si Fran tenía razón respecto a su número de teléfono, no es que no me fiara de él, es solo que me parecía raro, y quería comprobarlo por mí mismo. Así que, cuando llegue a mi casa, la llame por teléfono.

Fran tenía razón, el número no existía.

Pero eso sigue sin ser el final de aquella segunda razón por la que pienso que se trata de un ángel.

No sé si alguien más se había dado cuenta, personalmente, creo que no, pero María no solo se aprendía los textos de memoria, sino que, además,

hacia las cosas que mandaban por correo, y traía los objetos o la ropa adecuada que pedían por el grupo de *WhatsApp*. Es curioso, ¿Verdad? Si el número de teléfono no existía, y el correo electrónico tampoco, ¿Cómo se enteraba de todo lo que mandaban por ahí?

Todo esto podrá parecer una tontería si la comparamos con la primera razón, y aún más, si la comparamos con la tercera. Aquella razón que confirmo mis sospechas.

La tercera razón la descubrí días después de que descubriera que su número de teléfono no existía. Aquel día, llegue temprano a la escuela, razón por la cual, llegue el primero.

- Hola, profesora. Dije al verla sentada junto a una mesa de madera, con varios papeles, me asome a la clase, y al no ver a nadie, le pregunte. - ¿Ha venido alguien más?

- ¡Hola, alumno mío! – Exclamo al verme. – No, aún no ha venido a nadie. Entra en la clase y espéralos dentro si quieres.

Así que, como de costumbre, entre en la clase, y me quite los zapatos, siempre que estábamos dentro nos quitábamos los zapatos para dar la clase, la profesora lo explico en su momento, pero ahora no recuerdo cual era la razón exacta por la que lo hacíamos. El caso es que, después de quitarme los zapatos, decidí ir al baño, me estaba meando vivo. Para llegar allí, tenía que salir de la clase, y pasar por un pasillo que llevaba primero al aseo de las mujeres, y a continuación al de los hombres, pero nunca llegue al baño, se me pasaron las ganas de mear, cuando...La vi.

La puerta del aseo de las mujeres estaba abierta, y ella estaba dentro, de espaldas a la puerta, y estaba desnuda, o al menos, casi desnuda. Llevaba una especie de túnica blanca, similares a las que utilizaban las mujeres en el imperio romano o en la antigua Grecia, y se la estaba quitando poco a poco, como si fuera una prenda delicada a la que le tenía mucho cariño. Tuve la oportunidad de verle los pechos gracias al espejo de los baños, e incluso tuve la oportunidad de verle el trasero, pero no lo hice, por dos razones. Me gustaría decir que una de aquellas razones era porque soy un chico honesto, y respeto la intimidad de los demás, pero por desgracia, no es así. Si tengo la oportunidad de ver las tetas y el culo de una mujer lo veo, y más siendo las tetas y el culo de la chica que me gusta, lo miro y punto, pero como he escrito antes, no lo hice por dos razones.

La primera, fue porque me fije en el lavabo, dentro de él, había ropa. Un sujetador negro que hacían juego con unas braguitas del mismo color, unos calcetines blancos con pequeños puntitos de varios colores, una camiseta roja del famoso grupo de *Queen*, y unos pantalones negros con el logo de *Adidas* repartidos por varias partes del pantalón. Después de fijarme en eso, me percate de que, en el suelo, junto al lavabo, había un par de zapatos negros que ella solía utilizar, al igual que toda aquella

ropa. No traía siempre la misma, pero era una ropa que utilizaba muy a menudo.

Al ver eso, supe que se estaba cambiando de ropa. Lo vi normal, no entendía porque había venido con una túnica blanca, pensé que a lo mejor vendría de alguna fiesta de disfraces o incluso de algún cumpleaños, y que, a lo mejor, por vergüenza, había entrado a escondidas para cambiarse lo más rápido posible. Si, aquella era una buena teoría, pero la desmonte rápidamente por el mero hecho de que no llevaba ropa interior.

Y fue entonces, cuando descubrí la segunda razón, aquella que me abrió los ojos.

Cuando se comenzó a quitar la túnica, me fije en su espalda, era igual de blanca que su rostro, pero iba acompañada de un bonito lunar que tenía en el hombro izquierdo y... Dos cicatrices, cada una en un lado de la columna. Las cicatrices no solo eran profundas, sino largas, y no se trataban de cicatrices normales, como las que suelen hacerte cuando te operan los médicos en el hospital, no, aquellas cicatrices eran más bien como si la hubieran torturado con algo, como si hubiera tenido algo junto a su cuerpo, y se lo hubieran arrancado con saña. De hecho, no estoy muy seguro, pero incluso me pareció ver su sangre marcada en aquellas cicatrices.

Cuando las vi, aparte la mirada, y me escondí en un lado de la puerta, mientras suspiraba excitado por lo que acaba de ver, bueno, no sé si excitado sería la palabra más adecuada. Estaba excitado, si, había estado a punto de ver a una chica desnuda, ¿Y qué hombre no se excita con eso? Pero estaba también confuso por lo de aquellas cicatrices, y mientras suspiraba con rapidez, me preguntaba por el motivo por el que podría tener aquellas bonitas y hermosas cicatrices. Una persona normal hubiera dicho que aquellas cicatrices eran horribles, pero para mí, todo lo que viniera de ella me parecía hermoso.

El caso es que, después de apartar la mirada por unos segundos, volví a dirigirla hacia el interior del cuarto de baño. No lo hice por el hecho de verla desnuda, sino para poder observar de nuevo y con más detenimiento aquellas misteriosas cicatrices. Y entonces, cuando dirigí de nuevo la mirada hacia el interior, lo que vi, fue...

Nada.

Ella no estaba dentro, al igual que tampoco se encontraba ni su túnica blanca, ni la ropa que se encontraba en el interior del lavabo.

Había desaparecido, de la misma manera que lo hacía cuando se

encontraba en el metro.

- ¿Dónde está? - Me pregunte una vez dentro de aquel baño, sé que no debería de haber entrado, pero estaba demasiado intrigado por su desaparición, quería saber dónde estaba. Mire en los tres aseos que había en el interior, pensando que a lo mejor se habría metido en alguno de ellos para que nadie la viera, pero no estaba en ninguno de los tres. - Que raro, donde se ha metido.

Y fue entonces, cuando escuche la voz de la profesora.

- ¡Hola María! - Exclamo desde el mismo lugar en el que me la había encontrado al llegar a la escuela. - ¡Hoy tú también llegas temprano, espera dentro de la clase al resto de tus compañeros!

Y en ese momento, me dirigí hacia la clase a toda prisa, y allí estaba, quitándose los zapatos negros que estaban junto al lavabo. Llevaba puesto los pantalones negros con el logo de *Adidas* repartido por todo su pantalón, el chaleco de *Queen*, los calcetines, etc. E incluso se había llegado a poner la ropa interior, se marcaba un poco a través de su ropa, pero de la túnica, no había ni rastro.

Y en aquel momento, estaba confuso, no por la túnica, sino por su desaparición, y su aparición. *¿Cómo era posible que hubiera desaparecido del cuarto de baño para aparecer en la puerta de la escuela?* Me pregunte. Era imposible, si hubiera salido del cuarto de baño, hubiera tenido que salir por la misma puerta en la que me encontraba, la única que había de hecho. Es más, no solo la hubiera visto salir, sino que además ella se habría percatado de que yo estaba allí, espiándola. Por un momento, pensé que me lo habría imaginado, pero sabía que no era así, sabía que ella había estado en el baño cambiándose de ropa, pero no entendía cómo había hecho eso, seguía sin comprender como había pasado de estar ahí, a estar allí, era como si hubiera hecho un truco de magia con la idea de jugar con mi mente. Le di no solo una, sino varias vueltas, mientras veía como se quitaba los zapatos, hasta que, se dio cuenta de que yo estaba allí, y me saludo.

- Hola. Me dijo en un tono muy bajo, similar a un susurro.

Al decirme esto, volví en mí, y me fijé en su dulce y pálido rostro, acompañado de una pequeña sonrisa, era tan bella, tan guapa. En mi vida había visto tanta belleza y dulzura junta. De hecho, ¿Era posible que una mujer tuviera tanta belleza junta? Y fue entonces cuando deducí que ella no se trataba de un ser humano, sino de un ángel que caía de los cielos cada semana, para venir aquí, a esta escuela.

Han pasado ya unos días desde que lo descubrí, aún no he hablado con ella respecto al tema. De hecho, creo que no lo hare nunca, pero si tengo

claro dos cosas. La primera, que estoy enamorado de ella, y que me gustaría decírselo para que supiera lo que siento por ella cuando la veo. La segunda, es que desde que he descubierto su secreto, he recuperado un poco la fe en Dios, aunque, eso es decir mucho. Sigo sin creer en Dios como tal, al igual que sigo sin creer en aquel paraíso en el que antes creía. Pero ahora, rezo todas las noches, rezo para que ella aparezca junto a mi cama y duerma conmigo mientras nos abrazamos mutuamente, no sé porque, pero, siempre que cierro los ojos, siento que ella esta tumbada conmigo.

Pero a veces, cuando me acuerdo de ella, una duda me viene a la cabeza, una que no consigo resolver, y a la que no consigo darle respuesta. ¿Cómo se le pide salir a un ángel?